

**BULLETIN
HISPANIQUE****Bulletin hispanique**

Université Michel de Montaigne Bordeaux

110-1 | 2008**Varia**

Modernidad periférica y metropolitana

El papel del mundo hispano-americano

Bernal Herrera

**Edición electrónica**URL: <http://journals.openedition.org/bulletinhispanique/418>

DOI: 10.4000/bulletinhispanique.418

ISSN: 1775-3821

Editor

Presses universitaires de Bordeaux

Edición impresa

Fecha de publicación: 1 junio 2008

Paginación: 7-23

ISBN: 978-2-86781-511-9

ISSN: 0007-4640

Referencia electrónica

Bernal Herrera, « Modernidad periférica y metropolitana », *Bulletin hispanique* [En línea], 110-1 | 2008, Publicado el 16 diciembre 2011, consultado el 02 mayo 2019. URL : <http://journals.openedition.org/bulletinhispanique/418> ; DOI : 10.4000/bulletinhispanique.418

Tous droits réservés

Modernidad periférica y metropolitana. El papel del mundo hispano-americano

BERNAL HERRERA
Universidad de Costa Rica

Cet essai pose que la modernité présente deux facettes interdépendantes : la facette métropolitaine, correspondant à l'idée traditionnelle de modernité, et la facette périphérique, comprenant les processus historiques structurés par le colonialisme qui débute à la fin du XIV^e siècle et débouche sur la construction d'un monde divisé en métropoles et périphéries. L'article pose que des phénomènes de ce processus, comme l'esclavage et la servitude implantés en Amérique, sont aussi modernes que le capitalisme européen naissant de l'époque, mais d'une modernité qui répond à des objectifs différents de ceux visés dans les métropoles.

El ensayo afirma que la modernidad contiene dos facetas interdependientes : la metropolitana, correspondiente a la idea tradicional de modernidad, y la periférica, que comprende los procesos históricos articulados por el colonialismo iniciado a fines del siglo XV, el cual construye un mundo dividido en metrópolis y periferias. Se afirma que fenómenos de estos procesos, como la esclavitud y la servidumbre implantados en América, son tan modernos como el naciente capitalismo coetáneo europeo, pero de una modernidad que responde a objetivos diferentes de los buscados en las metrópolis.

This essay posits that modernity has two interdependent sides: the metropolitan side, which corresponds to the traditional idea of modernity, and the peripheral side, made up by the historical processes structured by colonialism which started in the late XVth century and led to the creation of a world divided into metropoles and peripheries. We explain that phenomena within this process, such as slavery and servitude in America, are just as modern as the then rising European capitalism of the time, but that their modernity targets different goals than in the metropolis.

Mots-clés : Eurocentrisme - Métropole - Modernité - Périphérie.

BHi, Tome 110, n° 1 - juin 2008 - p. 7 à 23.

SON bien conocidos los diversos debates que las manifestaciones de la modernidad en mundos socioculturales periféricos como el hispanoamericano, y en menor medida el español, han provocado. Entre los puntos álgidamente discutidos están la fuerza o debilidad de los procesos modernizadores al interior de estas sociedades; su posible aportación al pensamiento moderno; y el tipo y vigor de los factores sociales que podrían haber debilitado, o incluso impedido, ciertas etapas y logros del proceso modernizador. Tales debates guardan una obvia relación con otros también frecuentes en el ámbito hispano-americano¹, como los referentes a la fuerza o debilidad del Renacimiento en España y sus colonias, o al presunto carácter semifeudal del mundo colonial hispanoamericano. La hipótesis que defenderé aquí se inscribe de lleno en este tipo de debates, pero propone un marco diferente para su discusión. Por un lado, afirma que el mundo colonial hispano-americano no sólo es parte integral del proceso histórico llamado «modernidad», sino que es en su interior donde se lanza la primera gran oleada modernizadora. En esa medida, toma claro partido frente a quienes afirman el carácter feudal o semi-feudal, y en todo caso no-moderno, e incluso anti-moderno, de este mundo sociocultural². Por otro lado, afirma que la discusión sobre la modernidad o no del mundo hispano-americano, y de las periferias en general, requiere utilizar un concepto diferente al usual de modernidad, que la desdoble en dos facetas, distinguibles pero interdependientes: la metropolitana y la periférica³.

1. Llamaré aquí «hispano-americano», con guión, a la conjunción de los ámbitos hispanoamericano, sin guión, y español.

2. Stanley J. y Barbara H. Stein brindan en 1970 un buen ejemplo de esta posición en *La herencia colonial de América Latina*, obra de gran impacto e inmediatamente traducida al español, lengua en que alcanzó diez ediciones en menos de diez años: «la España de la época de la Reforma no estaba preparada para romper con su herencia de finales de la Edad Media. Siglos de expansión territorial en la Península Ibérica, la Reconquista, la lucha contra la cultura musulmana habían destacado el papel de la aristocracia y de la Iglesia militantes. La herencia medieval no parecía ser impedimento a la expansión española antes de 1500; parecía, por el contrario, un factor de unidad y crecimiento. La explotación de las colonias americanas, México y Perú, hizo innecesario la reestructuración de la economía y sociedad españolas, semifeudales, basadas en la tierra y aristócratas. [...] Después de 1600, cuando los estados europeos que se modernizaban ponían en duda los conceptos y las prácticas de privilegios, del 'Estado absoluto', de la Iglesia militante, del usufructo privado del poder público, de los lingotes como riqueza en vez de la producción, estas instituciones y actitudes se fortalecían en España e Hispanoamérica.» México: Siglo XXI, 1977, 9ª ed., 23.

3. Debo a la lectura del libro de Enrique Dusell *1492. El encubrimiento del Otro*, mi primer encuentro con la idea de la plena y temprana inserción de América Latina en la modernidad, tesis opuesta a la de quienes, como los ya citados Stein, adjudican un carácter semifeudal a la sociedad colonial hispanoamericana.

Es claro, dados los resultados históricos tan diversos arrojados por la modernidad en las sociedades metropolitanas y las periféricas, que si nos atenemos a la visión metropolitana de la modernidad, la discusión se reduce a ver si lo sucedido en las periferias queda fuera de los procesos de modernización, o si lo allí ocurrido posibilita y acelera la modernidad de las metrópolis. Nos vemos obligados a optar, entonces, entre declarar que las periferias no participaron del todo en la modernidad, lo que parece ser la posición general entre los filósofos, o que aquéllas contribuyeron a la modernidad ocurrida en las metrópolis, y luego en unas pocas periferias, pero que dicha contribución lo fue en calidad de estímulo, acelerador o refuerzo de una modernidad que nunca tomó lugar en ellas mismas, lo que parece ser la posición general de los historiadores. La primera parece ser la posición usual en filosofía, ejemplificada por Adorno, Horkheimer y Habermas, mientras la segunda parece ser la preferida por los historiadores, como lo ejemplifican los Stein. Así planteado el problema, las periferias pueden ser o excluidas o soportes de la modernidad ajena, pero no actores y forjadores de ésta. Pero, ¿y si, contra la perspectiva dominante, el mundo colonial hispanoamericano no fuera ni un excluido ni un partícipe secundario de la aparición de la modernidad, sino el fundador de una faceta menos explorada de ésta, la periférica; justo aquella que, a diferencia de la metropolitana, todavía carece de una posmodernidad? ¿No tendremos una situación análoga a la del Imperio Romano, cuyo fin en el siglo V sigue siendo parte del imaginario colectivo, aun de quienes saben de la larga persistencia del Imperio Romano de Oriente? Si el eurocentrismo hace que hechos tan obvios y ‘naturales’ como el que Europa no cumple la definición geográfica de continente no impiden seguir hablando de ella como tal, ¿qué no sucederá en el espeso campo de la cultura? La exclusión del mundo hispanoamericano del proceso de modernización, ¿no podría deberse a un eurocentrismo del mismo tipo, que reduce la modernidad a lo sucedido en ciertas partes de Europa? Empezar a responder, y aun a plantearse, este tipo de preguntas, implica releer algunas de las codificaciones clásicas de la modernidad, desde vertientes básicas como la cognitiva delineada por autores como Descartes y Bacon, o la sociopolítica definida por autores como Maquiavelo, hasta vertientes más específicas como la estética, que como campo específico surge en la modernidad en algunos textos de los empiristas ingleses. Esta relectura evidencia las relaciones de poder actuantes en la tradición intelectual de la modernidad en su versión oficial, relaciones que lejos de aparecer allí a modo de simple reflejo, son discursivamente establecidas, codificadas, justificadas y diseminadas en dicha tradición.

Para emprender dicha relectura a la luz de la posible bifurcación de la modernidad en dos facetas, metropolitana y periférica, adopté dos principios metodológicos, tan simples como determinantes. El primero consistió en apropiarme sistemáticamente de la situación de marginalidad que las periferias ocupan en las relaciones de poder cultural frente a las metrópolis. Convertir dicha marginalidad, usualmente vista como mera desventaja o triste destino, en una posición epistémica con una ventaja comparativa: la de poder plantearme preguntas y buscar respuestas desde una perspectiva que las metrópolis no han podido o querido desarrollar. Lo anterior tuvo dos consecuencias básicas: una reformulación del concepto y el canon de la modernidad, y la posibilidad de leer textos clásicos desde el margen, buscando en ellos temas, significados e hilaciones que no suelen ser enfatizados. Así, aunque parte de mis reflexiones se centraron en algunos autores canónicos de la modernidad, descarté sus lecturas canónicas. No me interesa, por ejemplo, Maquiavelo como un humanista florentino partícipe de la revitalización de los estudios clásicos, ni como el patriota italiano cuya obra promueve la independencia y unificación de una Italia invadida por franceses y españoles y fragmentada en numerosas unidades políticamente débiles; ni siquiera, prioritariamente, como el autor que independiza la reflexión política de las consideraciones éticas, aunque todas ellas sean facetas muy reales de su obra. Para mis propósitos fue mucho más pertinente, en cambio, estudiar en Maquiavelo, y más concretamente en *El Príncipe*, el axioma de la modernidad que coloca el dominio como meta última del accionar humano, y postula reglas para lograrlo.

Mi segundo principio metodológico consistió en desplazar el énfasis de los autores o textos individuales hacia la maquinaria epistémica y sociopolítica que ellos delinean colectivamente. No centrarme, por ejemplo, en lo que Sepúlveda, Vitoria, Hume o Descartes significan como autores individuales, ni en sus obras concretas como unidades de significación independientes, sino en la tradición intelectual moderna en la cual se insertan y ayudan a delinear. Y aun más en concreto, en su posible influencia en la creación y reforzamiento de una faceta periférica de la modernidad, en cuyo interior actúan como signos concretos de un discurso mayor, el discurso colonialista occidentocéntrico, cuyo objetivo explícito o implícito es impulsar, validar y reforzar el desarrollo de sus propias sociedades y el dominio de éstas sobre otras. En esa medida, los significados que empecé a leer en ellos no derivan exclusivamente de lo que explícitamente dicen tales textos, sino también de cuanto no dicen, y más aún de las repercusiones que lo que dicen y lo que no dicen obtienen al ser considerados en sus interrelaciones con otros autores y textos de la misma tradición. Me interesó un campo de fuerzas, una tradición

intelectual que no está completa en ninguno de ellos, a cuya constitución y direccionalidad contribuyen de manera decisiva, y de la cual obtienen los sentidos que me interesa aclarar. Con estos dos principios espero haber desarrollado no sólo una lectura concreta sobre un tema concreto, algunos de cuyos resultados preliminares intentaré delinear en lo que sigue, sino una posicionalidad epistémica y analítica de tipo periférico que creo aplicable a otros temas, tradiciones y autores.

Todos conocemos la versión oficial de la modernidad como un proyecto liberador, destructor de viejas supersticiones, autoridades y tradiciones, y constructor de una epistemología que mezcla el racionalismo de un Descartes o un Leibnitz con el empirismo de un Hume o un Locke, la cual posibilita que el ser humano, a partir de la búsqueda del conocimiento y la verdad, alcance un creciente progreso. En esta versión, el principal producto de la modernidad lo sería una ciencia moderna que, según la visión que de ella adoptemos, puede incluir o no a las ciencias sociales. Aunque periodos como el Renacimiento, y en opinión de algunos incluso la antigüedad⁴, serían parte del proceso, el canon fundante de esta modernidad se centra en el siglo XVII con autores como el empirista Francis Bacon (*Novum Organum*, 1620), el racionalista Descartes (*Discurso del método*, 1637), y Galileo (*Diálogo sobre los dos grandes sistemas del mundo*, 1632), creador de una ciencia en cuyo interior se conjugan ambas líneas. La búsqueda de la verdad y el conocimiento, y a través suyo del dominio de la realidad natural, la psique individual y las fuerzas sociales, todo ello con miras a una emancipación y maximización del potencial humano, sería el gran eje del accionar moderno, algunas de cuyas etapas culminantes serían la Reforma religiosa, la Revolución Científica, la Revolución Francesa y la Revolución Industrial. Es esta una modernidad en la que autores como Maquiavelo (*El príncipe*, 1513) y Hobbes (*Leviatán*, 1651), ocupan un lugar algo ambivalente. Como pensadores que buscan hacer de la política una disciplina autónoma, centrada como las ciencias naturales en la búsqueda de verdades objetivas por medio de la razón y la experiencia, son plenamente modernos. Pero como defensores de un poder descarnado, útil y hasta indispensable para la aparición del estado moderno, pero posteriormente desechado en favor de ideales más modernos como los de la democracia, ocupan un lugar un tanto marginal.

4. Tal es el caso de Adorno y Horkheimer, quienes desarrollan esta tesis en su conocido texto *Dialektik der Aufklärung* (1947), traducido por H.A. Murena como *Dialéctica del iluminismo*. Buenos Aires: Sudamericana, 1987.

Esta versión oficial de la modernidad, representada hoy día por autores como Jürgen Habermas⁵, ciertamente no excluye el tema del poder, y ello no tanto por su gravitación en autores como Maquiavelo y Hobbes, sino porque el único acuerdo casi unánime existente entre la gran mayoría de autores y textos fundantes de la modernidad es, justamente, que la búsqueda de la verdad y el conocimiento no obedece a intereses puramente teóricos, sino al deseo de dominar una realidad previamente no dominada. Si en algo están de acuerdo el racionalista Descartes y el empirista Bacon, es en que el conocimiento tiene como finalidad última dominar la realidad, obtener poder sobre ella, someterla a los designios e intereses humanos. Ello no impide, como parte del proceso de autonomización de las diversas actividades humanas considerado central en esta versión de la modernidad, que la actividad epistémica se considere regida por parámetros propios. Se asume que el conocimiento es buscado según métodos y parámetros puramente epistémicos, aunque sus resultados finales puedan servir para la obtención de muy prácticas metas económicas, técnicas, políticas, militares o de otra índole. Así, los procesos de conocimiento constituirían una esfera diferenciada y autónoma, aunque sus resultados puedan aplicarse en otras esferas.

En esta versión de la modernidad las periferias no juegan ningún papel relevante, visión anecdóticamente ejemplificada en el eficiente índice analítico de la edición inglesa del libro de Habermas *El discurso filosófico de la modernidad*, carente de referencias a España⁶, América o África, aunque sí incluye, por ejemplo, a Gretel Theodor Adorno, a Dionisio y a la *Odisea*. Aun una versión tan crítica, y atenta a lo sociopolítico, de la modernidad como la que Adorno y Horkheimer presentan en su *Dialéctica del iluminismo*, dedica bastante espacio al texto homérico, pero no muestra ningún interés por la conquista y colonización de América, África y Asia. La esposa de un filósofo, un dios de la mitología griega, y un texto épico de la Grecia antigua, tienen en esta versión mayor trascendencia para el desarrollo de la modernidad que los continentes y culturas conquistados por Europa

5. Tanto un resumen de su versión de la modernidad, como una defensa de ésta frente a los cuestionamientos posmodernos, aparecen en su libro *El discurso filosófico de la modernidad*, del que hay diversas traducciones y ediciones. Para una discusión colectiva, y eurocéntrica, de la posición de Habermas, véase Anthony Giddens et alii, *Habermas y la modernidad*. Madrid: Cátedra, 1994.

6. *The Philosophical Discourse of Modernity. Twelve Lectures*. Frank Lawrence (trans). Cambridge: MIT Press, 1990. El único autor hispano mencionado en el libro es Velázquez, y muy significativamente, el breve párrafo al respecto cuestiona la importancia emblemática que para la modernidad Foucault atribuye a *Las meninas*.

durante tal desarrollo, o que el colonialismo creado en tales conquistas. Es esta, en resumen, una versión de la modernidad donde las periferias o no aparecen del todo, o lo hacen como notas de pie de página, o como simples consumidores de conceptos y discursos que, sin embargo, nunca logran allí efectos similares o comparables a los alcanzados por estos en las metrópolis.

Existen, sin embargo, otras formas de concebir e interpretar la modernidad, y la que defenderé aquí surge de diversas matrices. En las nociones teóricas más generales, mi principal deuda es con Nietzsche y Foucault, que sin embargo aplican a la modernidad una visión eurocéntrica. La segunda deuda es con quienes han desarrollado versiones de la modernidad que cuestionan el eurocentrismo imperante, desde perspectivas como el cristianismo crítico en Enrique Dusell⁷ y Franz Hinkelammert⁸ y el marxismo en Aníbal Quijano⁹. Una tercera deuda sería con quienes, como Walter Mignolo¹⁰ y Edward Said¹¹, desde los estudios poscoloniales han expuesto la importancia de la cultura como campo de batalla para el mundo colonial¹².

Grosso modo, mi tesis afirma que la modernidad es un proceso único, pero con dos facetas claramente distinguibles. La primera, y la única cubierta por la versión predominante, es su faceta metropolitana, de la cual interesa aquí destacar que sus empresas y logros epistémicos, la producción de conocimiento que ella alienta y consigue, se insertan en una agenda social macro que si bien puede ser algo difusa, pues no siempre se articuló ni enunció explícitamente, es sumamente densa. Así el concepto de objetividad alrededor del cual se teje su paradigma cognitivo es creado, implementado y evaluado desde una agenda que trasciende los factores epistémicos, para responder a proyectos socio-culturales de gran aliento, estructurados no alrededor de la noción de verdad sino en la idea y búsqueda del dominio. Dicho de otro modo, la objetividad que la modernidad predicaba, y más aun la que implementaba, lejos de basarse en consideraciones puramente epistémicas, responde a una

7. E.g.: 1492. *El encubrimiento del Otro. Hacia el origen del mito de la modernidad*. La Paz: Plural, 1994.

8. E.g.: *Sacrificios humanos y sociedad occidental: Lucifer y la bestia*. San José: DEI, 1998.

9. E.g.: «Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina», en Edgardo Lander (compilador), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires: CLACSO, 2003, 201-246.

10. E.g.: *The Darker Side of Renaissance: Literacy, Territoriality and Colonization*. Ann Arbor: University of Michigan Press, 1995.

11. E.g.: *Culture and Imperialism*. New York: Vintage Books, 1994.

12. Aunque no suele tocar directamente el tema de la modernidad, hay que recordar también la amplia producción sobre el colonialismo, con textos clásicos como *Les damnés de la terre* de Frantz Fanon, o *Portrait du colonisé*, de Albert Memmi.

visión de mundo determinada por intereses de muy diverso tipo. Esta visión macro es determinada por un campo de fuerzas que actúan como acicate, guía y límite de los procesos cognitivos, fuerzas cuyo reconocimiento no invalida el conocimiento producido bajo su égida, pero sí evidencia que los parámetros con los cuales se evaluaba su objetividad y su valor mismo, eran parciales y sesgados, como lo son todos los empeños humanos, sin importar las intenciones de los agentes que los ejecutan.

Los imperativos impuestos por este campo de fuerzas produjeron una serie de objetivos que constituyeron una auténtica agenda paralela, actuante en todos los ámbitos y fuente de tantas afirmaciones prejuiciadas e infundadas que, aun sobre un tema de cientificidad tan aparentemente neutra como la naturaleza americana, hicieran numerosos científicos ilustrados, como De Pauw y Buffon¹³. Pero el principal impacto se hizo sentir en las disciplinas y discursos sobre el mundo cultural humano, como lo demuestra la parafernalia de conceptos e imágenes creados en todas las disciplinas imaginables, desde la teología hasta la antropología pasando por la filosofía y la estética, para demostrar la superioridad de la cultura europea en todas las parcelas de la actividad humana. Luego vendría un despliegue no menor para demostrar la superioridad europea ya no en el plano cultural, que la modernidad ofrecía nivelar mediante el progreso de las periferias, sino en el biológico, lo que sí permitía perpetuar las diferencias postuladas al darles bases casi inmutables¹⁴. Incluso temas que pudieran parecer menos ideológicamente cargados muestran la misma direccionalidad. Así, aunque el empirismo de Hume postula que el gusto estético, en tanto experiencia dependiente de las sensaciones de placer o displacer, es subjetivo, y que la experiencia estética, en tanto depende de la sensibilidad y no de la razón, es irreductible a juicios universales, todo lo cual parecía imponer un sano relativismo, en su ensayo «Of the Standard of Taste» afirma, contra lo que exigían sus propios presupuestos, no sólo que el gusto puede ser educado, lo que todavía era razonable, sino que los juicios estéticos de una persona adecuadamente educada –entiéndase una que conoce y aprecia la ‘alta’ cultura europea– tienen un carácter objetivo y universal¹⁵, mientras que

13. Contundente a este respecto es el erudito libro de Antonello Gerbi: *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica. 1750-1900*. Antonio Alatorre (trad.) México: FCE, 1993, aparecido originalmente en 1955.

14. Para las ramificaciones de este tema durante el siglo XX, ver la colección de textos editada por Eduardo Terrén: *Razas en conflicto. Perspectivas sociológicas*. Barcelona: Anthropos, 2002.

15. Para una sucinta discusión al respecto véase de Irene Winter «Defining ‘Aesthetics’ for Non-Western Studies: The Case of Ancient Mesopotamia», contenido en Holly, Michael Ann

todo otro juicio estético, sea popular o no-europeo¹⁶, está anclado en factores locales y subjetivos que le vedan tal carácter. Idéntica parcialidad y anclaje eurocéntrico del conocimiento y de las categorías pretendidamente universales, saltan en cualquier tema que se analice.

La segunda faceta de la modernidad, no contemplada en su versión usual, es la periférica, definida e implementada por las metrópolis, pero reservada a sus periferias coloniales, y cuyos ejes no son el conocimiento, la objetividad y la liberación, sino la conquista, el dominio y la explotación. Aunque no suele presentarse con este crudo ropaje¹⁷, sino como parte de un proyecto universal de liberación por medio del conocimiento y dominio de las fuerzas naturales, síquicas y sociales, su resultado, no accidental sino programático, es un mundo dividido en unas metrópolis que dominan y unas periferias dominadas. En el momento mismo en que la modernidad metropolitana liberaba de algunas ataduras previas, como la esclavitud y la servidumbre, a amplios sectores de la sociedad europea, la modernidad periférica implicó el inicio o el agravamiento de tales formas de opresión para grupos humanos mucho más numerosos que el europeo. Lejos de ser liberadas, la mayoría de las sociedades no-europeas partícipes en los procesos de modernización fueron sometidas a formas de esclavitud y servidumbre de una intensidad que a menudo bordeó el genocidio o cayó en él, como con las poblaciones autóctonas del Caribe. Y aunque tales sociedades no eran previamente edenes de libertad e igualitarismo, como a veces se insinúa o afirma, antes del impacto de la modernidad sus formas internas de dominio se articulaban en su interior, desde una cultura macro compartida, como es usual en tantas sociedades. El colonialismo moderno hará de ellas, en cambio, sociedades cuyas formas internas de dominio se articulan no solo desde fuera, sino desde parámetros e intereses sociales, culturales y económicos radicalmente ajenos, de una ajenidad nunca antes experimentada.

La historia humana con frecuencia ha sido violenta, con unos pueblos dominando a otros, y sociedades como las precolombinas no escapan a ello. Pero el colonialismo moderno marca dos grandes diferencias frente a los previos procesos de conquista y sojuzgamiento. Por un lado, acaba con la

and Keith Moxey (edits). *Art History. Aesthetics. Visual Studies*. New Haven: Yale University Press, 2002, 3-28.

16. Aun la peor obra de arte, nos dice Hume en su ensayo, en tanto tiene un mérito por mínimo que sea, «would affect the mind of a peasant or Indian with the highest admiration».

17. De ahí la importancia de autores como Ginés de Sepúlveda y Maquiavelo, quienes se atreven a teorizar, exponer y defender las principales prácticas y creencias sociopolíticas de esta etapa de la modernidad.

previa multiplicidad de mundos separados. Hasta el siglo XV culturas como la china, la occidental, las precolombinas y las africanas subsaharianas se desarrollan con gran independencia. Había contactos entre algunas de ellas y zonas geográficas con un intercambio cultural muy intenso, como la cuenca mediterránea, pero eran contactos regionales, no globales, y culturas enteras no participaban ni eran afectadas por tales contactos. La exploración de África y la India, y muy especialmente la conquista de América, marcan el inicio de lo que Wallerstein ha llamado el primer sistema-mundo¹⁸, del cual cada vez menos y más pequeños grupos se mantienen al margen. Iniciada la modernidad, regiones siempre crecientes serán afectadas por ésta, y bien se puede decir que la expansión ibérica de finales del XV y principios del XVI marca el inicio de la globalización. Si esta primera diferencia entre el colonialismo moderno y los previos procesos de sujeción y conquista se refiere a la extensión geográfica del proceso, la segunda tendrá que ver con su intensidad cultural.

Las grandes conquistas del pasado se apropiaban espacios, objetos y cuerpos, saqueándolos en formas como el botín de guerra o el robo de mujeres, o explotándolos con formas como el tributo, el vasallaje y la esclavitud. El colonialismo moderno va mucho más allá, pues a todo lo anterior añade procesos de conquista mental y adoctrinamiento que crean e imponen nuevas subjetividades. Los colonizados por la modernidad ya no sólo deben cumplir las ancestrales tareas de trabajar, obedecer, dar placer y tributar; también deben absorber la cultura de sus conquistadores y prestarle adhesión a sus valores. El nuevo colonialismo, y la variante evangelizadora española es acaso el mejor ejemplo, exige que los pueblos dominados interioricen la misma cultura colonizadora que los considera, implícita y explícitamente, seres humanos de segunda y ciudadanos de tercera. Para las periferias la consecuencia es el surgimiento de sociedades marcadas por una trágica anomalía histórica. Si tanto las culturas premodernas como las metropolitanas modernas eran y son etnocéntricas, culturas que se juzgan a sí mismas y a las demás según parámetros creados o adaptados a partir de sus propios valores, las culturas coloniales y poscoloniales son culturas exocéntricas, que se juzgan a sí mismas y a las demás con valores impuestos o importados desde las metrópolis y al servicio de éstas. En resumen, mientras las sociedades premodernas y las metropolitanas se juzgan a sí mismas y a las demás con parámetros endogámicos creados desde y al servicio de sí mismas,

18. Wallerstein, Immanuel. *The Modern World System*, 3 vol., New York: Academic Press, 1974-1989. Para una explicación breve, y centrada en América, del concepto véase de Wallerstein, Immanuel y Aníbal Quijano «Americanidad como concepto y el sistema de economía mundo». *International Journal of Social Sciences*. 134 (1992), París.

las sociedades periféricas creadas por el colonialismo moderno lo hacen con parámetros exógenos, metropolitanos, que casi indefectiblemente van en su contra.

La faceta metropolitana de la modernidad, única incluida en la versión oficial, se basa, al menos parcialmente, en la búsqueda de un conocimiento que permita dominar los mundos natural, síquico y social con miras a una cierta liberación; la faceta periférica, en cambio, se basa en un dominio sociopolítico obtenido mediante sistemáticos procesos de sojuzgamiento social y una no menos sistemática maquinaria discursiva que ayuda a reforzar y perpetuar este dominio. No es que la faceta metropolitana sea epistémica y la periférica sea sociopolítica, pues ambas incluyen procesos sociopolíticos y epistémicos por igual; pero los fines y resultados de estos procesos difieren según sea la faceta de que se trate. Si la ciencia moderna puede ser vista como el producto arquetípico de la faceta metropolitana, el mundo colonial lo es de la periférica, una faceta que por la vigencia de sus efectos en el mundo pos/neo-colonial no conoce aun su propia posmodernidad.

La modernidad ejecutó, entonces, un doble conjunto de objetivos, una doble agenda, definida por la diversa articulación de los tres ejes básicos de la modernidad como proceso unitario: conocimiento, dominio y liberación. En Europa implementó una agenda que incluía algunos procesos liberadores, tan reales como parciales, posibilitados por un conocimiento que incrementó el dominio de la realidad; pero en las periferias aplicó otra agenda, que unía conocimiento y dominio tan intrincadamente como en las metrópolis, pero sin procesos análogos de liberación. Esta agenda periférica no fue un accidente histórico, ni una desviación, degradación o fallo de la metropolitana. Estaba tan coherentemente articulada como ésta, y fue incluso más exitosa en tanto alcanzó más cabalmente sus propósitos que la metropolitana, que ya la contenía en germen. Si un axioma de la modernidad en su conjunto dicta que el conocimiento está al servicio explícito de un dominio que aspira a cubrir cualquier realidad natural o humana conocida, era previsible que conforme se iban conociendo nuevos pueblos y culturas se buscara de inmediato dominarlos, e incluso que el proceso acabara invirtiéndose, y se buscaran nuevos pueblos con la finalidad de dominarlos. El conocimiento moderno pudo, en las periferias, mostrar su lado más agresivo y mundano, quitarse la máscara de objetividad y empeño teórico con que a menudo se recubrió en las metrópolis.

No propongo una deprecación de la cultura occidental, ni un lamento por los muy reales y documentados atropellos históricos ejecutados por la modernidad en las periferias, sino hacer ver cómo éstas, y en particular el

mundo colonial hispano-americano, son parte integrante y fundamental de la modernidad. España y sus posesiones de ultramar fueron los principales actores en el desarrollo e implementación iniciales de la modernidad periférica, y sin ésta la metropolitana no se hubiera dado. Y si ambas son dos caras de un mismo proceso, la periférica antecede a la metropolitana, inimaginable sin el concurso de las periferias. En el plano económico, el más conocido y medible por la amplia documentación histórica ya procesada, es evidente que el capitalismo no hubiera podido desarrollarse de la forma que lo hizo sin los metales preciosos americanos, o si Europa hubiera debido adquirirlos a un costo similar al que hasta esa fecha debían pagar a los mercaderes que los llevaban, en cantidades relativamente pequeñas, de Asia y África. Sin acumulación de capital no hay capitalismo, y no podía acumularse suficiente capital antes de la entrada masiva de metales preciosos americanos. Pero el impacto va mucho más allá de lo meramente económico. Toda identidad tiene una base relacional, y si sólo se es metrópolis frente a unas periferias, sólo se es moderno frente a unos 'otros' catalogados como premodernos o no-modernos, cuando no como meros salvajes o caníbales. La modernidad, y esto es un punto esencial, no es un conjunto de metas fijas que, una vez alcanzadas, garantiza el ingreso al club de los modernos. No es, como a menudo parece pensarse, una mayoría de edad, un estado cuyo logro depende de alcanzar una meta específica establecida de antemano, sino un horizonte móvil permanentemente redefinido por las metrópolis, que se aleja cada vez que las periferias creen acercarse a él. Concebida no de forma absoluta sino de forma relacional, tal y como fue históricamente definida, la modernidad es la relación de un más frente a un menos, un avatar muy real de la infinita carrera de Aquiles y la tortuga planteada por Zenón de Elea en una de sus aporías. Se es periferia no por tener ciertas características fijas, sino por tener menos de aquello que las metrópolis tienen más, de aquello que éstas definen en cada momento como requisito para ser modernos. La inmensa producción discursiva creada a partir de imágenes como el caníbal, el salvaje americano y el esclavo africano, permite a Europa sentirse moderna, asumirse moderna, con independencia de los procesos históricos que en ella sucedían. Todos conocemos los sacrificios humanos de algunas religiones precolombinas, pero pocos hablan de sacrificios humanos religiosos en la Europa de la época, pese a las miles de hogueras que ardieron por tales motivos¹⁹. El ejemplo no es azaroso, pues los sacrificios humanos fueron

19. Montaigne fue uno de los pocos europeos en comparar críticamente ambos fenómenos en «Des Cannibales», donde afirma: «Je pense qu'il y a plus de barbarie à manger un homme vivant qu'à le manger mort, à déchirer par tourments et par gênes un corps encore plein de sentiment, le faire rôtir par le menu, le faire mordre et meurtrir aux chiens et aux pourceaux

uno de los principales argumentos con que tratadistas europeos como Ginés de Sepúlveda y Francisco de Vitoria justificaron la barbarie americana, y con ella el derecho europeo a invadir y conquistar América. Salvo excepciones como Montaigne, quien hizo ver que la barbarie americana no era mayor que la europea, y que o nadie era bárbaro o todos lo eran²⁰, la imagen de la barbarie como condición propia de la realidad americana se convirtió en un lugar común. El ejemplo provisto por Hernán Cortés en su segunda carta de relación es paradigmático. Tras describir a Tenochtitlán como una ciudad no menos ordenada, refinada y poblada que cualquier ciudad europea de la época, afirma: «en su servicio y trato de la gente de ella hay la manera casi de vivir que en España; y con tanto concierto y orden como allá, y que considerando esta gente ser bárbara y tan apartada del conocimiento de Dios y de la comunicación de otras naciones de razón, es cosa admirable ver la que tienen en todas las cosas»²¹. Para este tipo de valoración ningún logro cultural americano elimina una barbarie vista como intrínseca y algo seguirá visiblemente vigente en intelectuales americanos del XIX como Echeverría y Sarmiento.

No se trata de discutir quién era más bárbaro o más civilizado, aunque dado el imaginario colectivo aún vigente bien valdría ello la pena, sino de constatar diferente valoración implícita en hablar de sacrificios humanos o hablar de Inquisición y de Guerras de Religión: la diferente reacción ante la 'idolatría' greco-romana y la americana, la diferente interpretación de los sacrificios humanos religiosos en América y el sacrificio de Isaac aceptado y dispuesto por Abraham, o el que Agamenón hace de su hija Ifigenia²². A la doble faz de la modernidad se añade una doble mirada, una doble forma de leer e interpretar según se trate de las metrópolis o las periferias. Así como el feminismo ha evidenciado y analizado la doble moral aplicada a hombres y mujeres, urge evidenciar y analizar la doble medición que rige las relaciones de poder cultural entre metrópolis y periferias, que permite interpretar todo fenómeno metropolitano en clave de civilización y progreso, y todo

(comme nous l'avons non seulement lu, mais vu de fraîche, non entre des ennemis anciens, mais entre des voisins et concitoyens, et, qui pis est, sous prétexte de piété et de religion), que de rôtir et manger après qu'il est trépassé.» *Essais 1*. Paris: Librairie Générale Française, 1972, 312.

20. Hablando de la barbarie de los indígenas brasileños que son el tema central «Des cannibales», dice: «Nous les pouvons donc bien appeler barbares, eu égard aux règles de la raison, mais non pas eu égard à nous, qui les surpassons en toute sorte de barbarie.» loc. cit, 313.

21. Hernán Cortés. *Cartas de Relación*. México: Porrúa, 1994, 66.

22. Para el tema de los sacrificios humanos en Occidente véase Franz Hinkelammert: *Sacrificios humanos y sociedad occidental: Lucifer y la bestia*, ed. cit.

fenómeno periférico en clave de salvajismo y retroceso. Esta doble medición permitirá que en cuestión de uno o dos siglos, la Europa enfrascada en una larga e incierta lucha con los musulmanes –a quienes debía cosas como buena parte de su matemática y su conocimiento de la filosofía griega–; la Europa que admiraba los lujos y refinamientos de Asia descritos por Marco Polo, cuya religión provenía del Cercano Oriente, y que todavía recordaba las devastaciones de las guerras, el hambre y la peste, se posicione y defina a sí misma como centro y parámetro de toda cultura. Un proceso tan eficiente como ininteligible sin la creación de unas periferias que le permiten reafirmar su condición de civilizada, de moderna, su convicción de ser el baluarte de la civilización en un océano de barbarie que, según decían, había que conquistar y sojuzgar para poder civilizar.

No es casual, entonces, que el canon y las empresas de la modernidad periférica sean, *grosso modo*, un siglo anteriores a los de la modernidad metropolitana. Si hechos que perfilan claramente la modernidad periférica como el pensamiento de Maquiavelo, la conquista de América y la discusión de Valladolid son del siglo XVI, hay que esperar al XVII para la aparición del empirismo, el racionalismo y la ciencia, que dan un perfil igualmente claro a la modernidad metropolitana. La modernidad periférica formulada e implementada al interior del mundo hispano-americano precede en un siglo a la metropolitana, precedencia que si bien no establece por sí misma una determinación causal, constituye un factor que no se puede ignorar.

La idea de un desdoblamiento de la modernidad en una faceta metropolitana y otra periférica tiene fuertes y diversas consecuencias. La primera es que reconstituye y reordena el canon de actores, hechos y textos que perfilan la modernidad. En la versión tradicional, que sólo considera, y de forma parcial, la faceta metropolitana, la totalidad de hechos y actores de la modernidad son europeos, y dentro de Europa la península ibérica aparece como actriz muy marginal. Mucho se ha discutido, por ejemplo, si las empresas españolas de conquista y colonización son modernas o más bien la última gran manifestación del espíritu medieval de cruzada²³. La versión de la modernidad aquí defendida afirma el carácter netamente moderno de las empresas ibéricas en territorio americano, y ve la conversión de España en potencia marginal y periferia intra-europea poco después de fundar el primer imperio moderno, como una fascinante paradoja histórica solo explicable por el carácter periférico de la modernidad que creó e impulsó al interior de

23. Todorov revive esta discusión en su versión de Colón, capítulo 1 de su libro *La Conquête de l'Amérique. La question de l'autre*. Paris: Editions du Seuil, 1982.

su imperio y de sí misma. Pero si esta versión de la modernidad amplía y reacomoda los actores europeos, mucho más radicalmente lo hace con los no-europeos. Indígenas, africanos, mestizos, mulatos, zambos, cuarterones, criollos y demás grupos humanos creados con las proliferantes categorías de la taxonomía étnico-cultural con que la modernidad intentó ordenar una realidad que sobrepasaba con mucho sus facetas metropolitanas, todos ellos se vuelven actores de la modernidad. Ya no serán sub-productos marginales sino piezas centrales, en su rol de dominados y perdedores, de los procesos epistémicos, económicos, discursivos y sociopolíticos que permiten la emergencia, cristalización, afianzamiento y profundización de la modernidad. Ya no serán solo sus ilusos consumidores o sus frustrados buscadores, sino piezas del gigante mecanismo que contiene por igual a dominados y dominadores a lo largo de un continuum altamente jerarquizado²⁴.

Algo similar sucede con el canon textual que funda la modernidad, pues de ser un corpus compuesto por textos italianos, ingleses, franceses y alemanes, pasa a incorporar los textos de nuevas figuras, sea hispanos como Bartolomé de Las Casas, Ginés de Sepúlveda, Hernán Cortés y Francisco de Vitoria, o lusitanos como Camoens y Caminha, pero también mestizos americanos como el Inca Garcilaso de la Vega, Fernando Alvarado Tezozómoc y Guamán Poma de Ayala y, en etapas muy posteriores, afroamericanos como Du Bois. Todos los que Fanon llamó «los condenados de la tierra» hallan en esta versión de la modernidad un nuevo sitio, no más próspero o alegre que el hasta ahora asignado, pero sí más digno e importante. También autores ya canónicos sufren algunos reacomodos²⁵, caso de Maquiavelo, central en esta nueva versión de la modernidad por haber teorizado el poder moderno, observando que el mundo no se divide en buenos y malos, creyentes y herejes, o bárbaros y civilizados, sino en quienes mandan y quienes obedecen, y que ello pasa no por ninguna superioridad moral sino, todo lo contrario, por factores como la mayor capacidad de engaño y de aplicar lo que llamó 'la buena crueldad'.

24. Los sentimientos de asombro, incertidumbre y malestar que a muchos causa la reciente elección de Evo Morales como presidente de Bolivia, pese a que más de la mitad de su población es catalogada como indígena, testimonian la fuerza social que, siglos después, mantienen estas jerarquías.

25. Que la inclusión de nuevos textos y autores a un canon no solo lo amplía sino que modifica el sentido de los previamente incluidos, obligando a releerlos, ya lo había visto, mucho antes de las posteriores discusiones sobre la idea misma de canon, un autor tan eurocéntrico y creyente en tal idea como T.S.Eliot en su ensayo «Tradition and the Individual Talent» (1919).

Una segunda consecuencia es el surgimiento de nuevas formas de interpretar tanto el conjunto de la modernidad como sus dos facetas, en especial la periférica. Si la metropolitana aplica un doble rasero interpretativo, una doble forma de leer y valorar textos y hechos según éstos sean periféricos o metropolitanos, asumir la modernidad periférica conlleva releerlos e interpretarlos de nuevo. La versión usual de la modernidad solo lee como modernos los hechos de la faceta metropolitana, mientras ignora o considera accidentes históricos numerosas aristas de la faceta periférica, vista como una empresa evangelizadora y civilizadora cuyos obvios fallos demandan no un cuestionamiento de la empresa, sino su intensificación. Frente a esta poderosa máquina de lectura, la presente versión de la modernidad reconoce los elementos positivos de la modernidad metropolitana, hace ver sus limitaciones históricas, y enfatiza su falta de despliegue en las periferias. Pero, y aquí radica la principal diferencia, no interpreta esto último como ausencia o imperfección de la modernidad, sino como el despliegue de una modernidad periférica no menos moderna que la metropolitana, pero al servicio de fines muy diferentes. La libertad y el progreso modernos no son entelequias, pero fueron obtenidos por las metrópolis al precio de la no menos moderna opresión y miseria de sociedades mucho más numerosas. La servidumbre americana y la esclavitud africana²⁶ no son menos modernos que la simultánea abolición en Europa de tales lacras.

Esta nueva óptica de lectura no solo permite visualizar la modernidad periférica y sus relaciones con la metropolitana; también permite leer la modernidad metropolitana desde una óptica periférica. Si la versión metropolitana ha permitido leer el sojuzgamiento indígena como empresa civilizadora, la versión periférica permite interpretar, por ejemplo, la metafísica y la epistemología racionalista cartesiana como la creación y dominio de una periferia interna al sujeto, constituida por todo aquello que en los seres humanos es irreductible a la razón. Descartes nos dice que las fuentes del error son la sensorialidad y la voluntad, las cuales debemos someter al imperio de la razón, de forma no muy diferente a como Aristóteles hablaba de la necesidad de que la mujer se someta al hombre y el esclavo al amo. Estos sometimientos de las mujeres, los esclavos, los sentidos o la voluntad, ¿no comparten acaso un mismo formato básico, la misma voluntad de dominio prevaleciente en el paralelo sometimiento de americanos y africanos por parte de los europeos? ¿No actúa en todos el mismo principio general, definido por Aristóteles en

26. Para el tema de la esclavitud africana y la servidumbre americana como fenómenos plenamente modernos, véase de Aníbal Quijano «Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina», loc.cit. en nota 8.

su *Política*, de que lo «superior» debe dominar a lo «inferior», de que esto último no puede sino agradecer que lo superior lo sojuzgue?

Que el tema pueda ramificarse indefinidamente no es casual ni un mero juego discursivo. Estando en juego los cimientos mismos de nuestra visión de la modernidad, los conceptos con que la captamos, medimos y juzgamos, no es de extrañar que al someterlos a cuestionamiento se produzca una gran cantidad de sorpresas. Acaso una virtud de la posición aquí esbozada lo sea el proporcionar una herramienta analítica, un posicionamiento epistémico y cultural que permite cuestionar, de forma articulada y sistemática, tantos juicios y prejuicios que conforman buena parte del pan nuestro de cada día.